

tintos cada vez; de éstas comparaciones sucesivas se obtiene un porcentaje de "cognadas", o sea, de palabras que tienen un mismo origen. Y por último, el porcentaje de "cognadas" se convierte en una medida en "siglos mínimos".

Concluye Swadesh diciendo que las lenguas de América no se formaron en aislamiento, sino en contacto con el Viejo Mundo y que el "poblamiento" de América y la diferenciación lingüística se desarrolla simultáneamente.

Para su trabajo Swadesh utilizó los mapas continentales de la última edición de *Les Langues du Monde*, A. Meillet y Marcel Cohen eds., París, 1952, con algunas modificaciones debidas a su nueva clasificación. Y se valió también de "corredores" que señalan las áreas separadas y que indican que son del mismo grupo.

De México presenta dos mapas lingüísticos, uno de clasificación y otro de colocación, basados en los mapas de Miguel Othón de Mendizábal, Wigberto Jiménez Moreno y Evangelina Arana Os-naya. Y da, por último, un Índice Alfabético de las Lenguas de México con un total de 147 lenguas para toda la República.

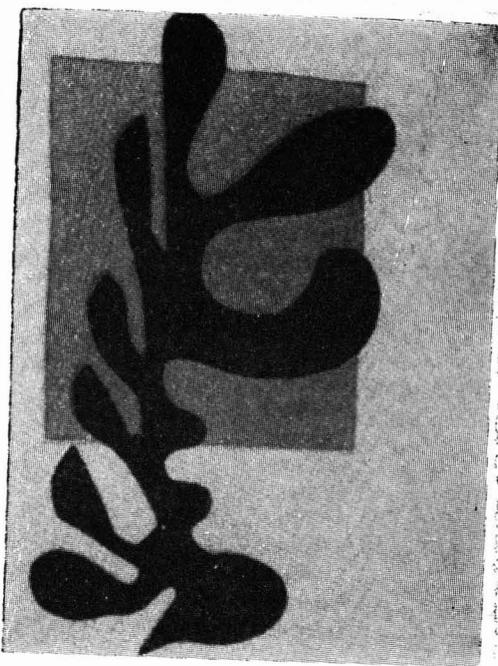
J. E. R.

HARRY LEVIN, *James Joyce, Introducción crítica*. Traducción y notas de Antonio Castro Leal. Breviario, 144. Fondo de Cultura Económica. México, 1959. 221 pp.

Publicado originalmente en 1941, este ensayo del profesor Levin sigue siendo uno de los mejores estímulos para quienes desconocen la obra de Joyce, y una exégesis metódica para los lectores del más grande creador de nuestro siglo. Levin aparta los obstáculos que impiden la comprensión del maestro irlandés, redacta un libro comparable a los trabajos que sobre Joyce han realizado Valery Larbaud, Ernst Robert Curtis, S. Foster Damon y, más recientemente, Jean Paris.

Fruto de una Irlanda que dio a las letras inglesas las figuras de Synge y de Yeats, Joyce resuelve el conflicto que dividía la literatura del novecientos. A la pugna entre opulencia y realidad, entre naturalismo y simbolismo, Joyce responde fundiendo, contrastando los límites violentos de la realidad y la riqueza lírica. En *Ulises*, el libro que da forma a todo lo que hoy se escribe en el terreno de la ficción, las dos tendencias se fusionan: el simbolismo épico impregna la atmósfera naturalista. A Joyce no se le puede enclaustrar en una escuela literaria; él, solamente, representa una tendencia; pero su originalidad descansa en una sólida tradición de cultura.

Estrechamente emparentado con su libro de cuentos *Dublinenses*, con su drama *Desterrados* y los poemas que agrupó en *Música de Cámara*, un documento autobiográfico, *El artista adolescente*, conserva sus primeros veinte años de experiencia en Irlanda. Las décadas siguientes, plenas de actividad creadora, transcurren en Austria y en Suiza y se coronan con la terminación de *Ulises*. Sus últimos años en Francia (los que precedieron a la segunda conflagración mundial) se expresan en el intraducible laberinto al que Joyce llamó primero *Work in progress* y al concluir *Finnegans wake* (A este títu-



lo se alude en nuestro idioma como el "despertar", aunque más correcto sería, supongo, la "resurrección" o el "velorio" de Finnegans.)

La comunión y la discordia entre el artista y la ciudad son los temas obsesivos que pueblan el dédalo de mundos que es el cosmos joyceano. Quien llegara a la estética por el camino de la teología, fue alejado de la ortodoxia cristiana por el eco rebelde de Ibsen y las herejías anti-aristotélicas que halló en Giordano Bruno, junto con Vico, el soporte filosófico de algunas de sus ideas artísticas.

*Ulises*, la complejísima narración de un día de Dublín, el 16 de junio de 1904, corre al lado de la *Odissea* evitando lo heroico, semejante a paralelas que nunca llegan a encontrarse. *Ulises* logra, mediante el lenguaje, una imitación literal de la vida. Su forma (y esta observación no es el menor mérito de Levin) es una *Suma* ecléctica de la época: montaje cinematográfico, impresionismo pictórico, *Leitmotiv* musical, libre asociación psicoanalítica e impulso vital heredado de la filosofía. El monólogo interior, que la ignorancia supone la única aportación valedera de Joyce, es apenas un recurso estilístico con antecedentes de Dujardin, Dostoyevski y el diario de Fanny Burley. En cambio, Joyce otorga a la prosa narrativa un medio de mayor eficacia para el reflejo de las sensaciones y las impresiones que la realidad deposita en los espíritus creadores. Su enfoque facilita el tránsito del realismo fotográfico al impresionismo estético. Como Swift, Joyce fue dueño de un estilo perfecto, de una imaginación irrefrenable que lo condujo a dar trascendencia a lo trivial y a trivializar las cosas transcendentales.

James Joyce se resignó a ser el testigo de la caída, del fin de nuestra civilización. Desfiguró la literatura y sobre sus ruinas edificó las bases de una estética nueva que guía, íntegramente, a la novela contemporánea. Más allá de su revolución filológica y de sus cambios novelísticos, conoció el interior de los humanos y nos legó el testimonio de su insignificancia y el áspero sabor de su grandeza.

J. E. P.

ALFONSO REYES, *Obras completas*. Tomo IX. Fondo de Cultura Económica, México, 1959. 527 pp.

Al lado de sus obras más profundas, de sus claros estudios sobre la tradición del humanismo, Alfonso Reyes deja correr la pluma en comentarios ocasionales —crónicas, artículos, fantasías— suscitados por cualquier hecho que lo haga solidario del mundo o sea útil para explorar una región del alma americana.

En el tomo noveno de sus *Obras Completas* Reyes emplea el tono menor de reseña y divagación que acrece su prestigio, confirma su maestría. En su literatura no hay páginas inútiles: el motivo más tenue está iluminado por una luz verbal que reviste de magia, de malicia prosódica, todas las intenciones del gran escritor.

Muchos capítulos del tomo fueron escritos para la prensa diaria. Con ello, don Alfonso demuestra que el periodismo ofrece las mismas posibilidades y limitaciones de cualquier otra aventura verbal y que es error de apreciación juzgarlo o ejercerlo olvidando sus vínculos estéticos.

En *Norte y Sur* Reyes codifica el recuerdo de su carrera diplomática. Su deslumbramiento ante Buenos Aires o Río de Janeiro es semejante al que informó sus contemplaciones madrileñas (*Calendario, Cartones de Madrid*) De ahí que el tema de ambas capitales se interpole a la descripción de las faenas que dieron forma al Canal de Panamá o al acercamiento de Garibaldi y a Maximiliano. Hay aquí dos ensayos que destacan por sus cualidades de síntesis: *México en una nuez* y *Brasil en una castaña*, resúmenes que explicando el pasado de dos naciones ayudan a la formación de una imagen de América.

*Los trabajos y los días* reúne títulos sin aparente consonancia. Los separan sus temas; los unifica el claro estilo, el rigor entre líneas del maestro Reyes cumple un necesario homenaje a Jorge Luis Borges; al comentar un libro de Leopoldo Zea *El positivismo en México* anota la dignificación de la historia mexicana; estudia la novela policial y los efectos del *peyotl* o mezcalina, droga alucinante de los tarahumaras cuyos efectos ha descrito Aldous Huxley. Al tiempo que se reconcilia con Menéndez y Pelayo, cita a la radio como instrumento de la *Paideia*, palabra que desenterró Werner Jaeger y que es, más allá de la infancia y la juventud, de las escuelas y universidades, la diaria construcción del hombre por el hombre, de donde resultan, añade Reyes, el carácter y el valor de las civilizaciones. Dilucida en 1944 los problemas de la guerra y la posguerra, habla de las nuevas artes en las que han derivado los viejos agentes de la comunicación humana; reflexiona sobre el mexicano, sus características actuales y futuras.

Aquellos que juzgan al escritor por referencias precarias tienen en este libro buen material para modificar sus opiniones: México es la presencia constante en la obra de Reyes, la medida que emplea para enjuiciar las cosas.

*Historia natural das laranjeiras* es un tributo a la feracidad de Río de Janeiro. Los mitos zoológicos y botánicos de Brasil provocan una páginas que gozan la riqueza plástica de la mejor pintura brasileña.

Las obras completas de Alfonso Reyes —en el vasto sentido del vocablo, no solamente en el editorial— constituyen la prueba de una vocación generosa, un ejemplo cuya lectura es ya material clásico para todo escritor.

J. E. P.